

- Recuerda los momentos en que Dios te ha regalado sentir su presencia. Piensa que te ha regalado la fe, el que te dirijas al él sabiéndolo vivo ante ti. Él abrió la fe en tu corazón para que sepas que, aunque no puedas tocarlo, está ante ti ofreciéndote un sitio en su corazón resucitado.

- Deja que María dirija tu oración y habla al Señor que viene para hacerte comprender que en Dios la muerte y el fracaso son vencidos. Permanece con él y dile: Señor, Amigo, Hermano... con confianza.

→ **Mc 16, 9**: *La mujer enviada a anunciar el evangelio.*



Jesús le dijo: Anda, ve a decirles a mis hermanos que voy a mi Padre, que es vuestro Padre, a mi Dios que es vuestro Dios.

- Finalmente Cristo la hace apóstol ante los discípulos. Son solo los que se abren al Señor, permaneciendo fieles en medio de las pruebas, los que pueden hablar de él con verdad, con esperanza, con amor. Y esto le sucede a María.

- El mensaje a transmitir es que Cristo resucitado nos hace sus hermanos de cielo, que comparte su herencia con nosotros, que comparte su vida de Hijo con todos. Ya no hay miedo de que Dios nos abandone, aunque parezca lejano en ocasiones.

- Identifica a aquellos que de manera humilde son apóstoles de Cristo con su vida y su palabra de cristianos fieles que no tienen miedo de ofrecer el tesoro de creer. Da gracias, pide a Cristo que dé a todos los cristianos el don de la pasión por comunicar lo que han descubierto como la fuente de la vida.

- Piensa, en diálogo con Cristo, cómo te llama a anunciar la buena noticia de que tenemos abiertas en Cristo las puertas del cielo y que por eso podemos vivir con esperanza. Pide fuerza, alegría y humildad para hacerlo.

-Permanece junto a él repitiendo: *Tú eres el tesoro escondido.*

Oración común: Jueves, 26 de abril (20'30), en San Andrés

-----Arciprestazgo de Zamora-ciudad-----
-----Centro Teológico San Ildefonso-----

María de Magdala. Morir y resucitar en Cristo

Vamos resucitando en la medida en que la vida misma de Cristo se va haciendo una con la nuestra. Por eso el mismo Cristo nos dice en el evangelio de san Juan: ***Yo soy el camino, la verdad y la vida.***



No se trata solo de seguir viviendo, sino de ir adentrándonos en la nueva vida, la vida plena, la que el mismo Dios comparte con nosotros. Sobrepasar este mundo estrecho de desesperanza y desconsuelo, de soledad y vergüenza, de desprecios y violencias, de pecado e injusticias.

Este mes vamos a caminar en nuestra oración con María Magdalena que hará de compañera-guía de esta resurrección progresiva (podríamos decir) de nuestra vida. Te ofrecemos cuatro momentos de su vida para que los hagas tuyos en la oración de este mes. Aunque la tradición la ha identificado con la pecadora pública de algunos textos que no hacen referencia al nombre de la mujer que aparece en ellos, nosotros nos fijaremos solo en los que aparece identificada

*Cuatro meditaciones para cuatro semanas.
Puedes utilizar cada una un par de veces, una pensando en ti, otra trayendo a tu oración a personas relacionadas con esa situación que te planteamos. Ya sabes que no se trata de aprender, tener más ideas o saber más de ella, sino de que tu relación con Dios se ahonde con ella como maestra de vida cristiana*

Pasos que puedes seguir:

1. Lee atentamente la referencia que se hace de la vida de María.
2. Sigue las indicaciones para adentrarte en la experiencia por la que ella pasó según los textos e intenta identificarlas en ti o en otras personas.
3. Después inicia una conversación con el Señor dejando que aflore la verdad de tu corazón. Lo importante es que sea sincera, no que le digas lo que crees que debe oír.
4. Finalmente permanece unos momentos en presencia de Dios a través de una palabra repetida, un sentimiento retenido ante él en el silencio, o simplemente dejando que Él te acompañe con su presencia.
5. Para terminar recita el Padrenuestro.

→ **Lucas 8, 1-3: La mujer de los siete demonios que le seguía.**



Jesús caminaba por los pueblos y aldeas predicando el Reino de Dios. Iban con él los doce y algunas mujeres que había liberado de malos espíritus y curado de enfermedades: María Magdalena de la que había expulsado siete demonios, Juana, mujer de Cusa, Susana, y otras mujeres que lo asistían con sus bienes.

- En nuestra cultura nos cuesta entender qué era esto de los demonios que tenían poseída a la gente. Quizá baste pensar en situaciones pasadas, sentimientos, hábitos... que se han fijado en nuestro ser y que no nos dejan reconocer a Dios ni seguirle: No nos permiten descubrir que somos amados, que tenemos valor, que Dios confía en nosotros para bendecir el mundo, que nada podrá cambiar nuestras miserias...

- En este texto vemos que hay personas, entre ellas María, a las que Jesús liberó de esos poderes mortales, que nos roban la vida y nos separan del amor de Dios.

- Trae a conversación con el Señor, a través de la presentación de tu vida, lo que creas que te afecta, suplica curación, agradece que él no desespere de ti, siente que puedes seguirlo incluso con estas heridas que él va curando. (En otra oración haz lo mismo pensando en otros)

→ **Marcos 40, 37.40-41; Juan 20, 11-12:**

Llorando y esperando en medio de la muerte.



Jesús lanzando un fuerte grito, expiró (...) Algunas mujeres contemplaban la escena desde lejos. Entre ellas María Magdalena... que lo había seguido.

María se quedó allí, junto al sepulcro llorando. Sin dejar de llorar volvió a asomarse al sepulcro y vio dos ángeles...

- María conoce la crueldad de la vida. Ha resistido y mirado de frente la injusticia, el dolor, el hacerse nada de lo mejor que da el mundo.

- Para no hablar de la vida creyente como de un cuento de hadas hay que haber pasado por ahí. Y María se sienta con nosotros uniendo su llanto a nuestro llanto, pero sin dejar de mirar el interior del sepulcro, sin dejar de intentar traspasar el muro de la muerte, como si quisiera hacerse una con el discípulo amado que al llegar al sepulcro *vio y creyó*. María llora y espera que algo o alguien le dé esperanza, esos ángeles que surgen del sepulcro...

- Une tu corazón al de María y pide esperanza para ti, y para los que a diario tienen que ver situaciones de fracaso, de injusticia, de muerte que oscurecen el mundo. Pide que el Señor suscite, mientras él llega, ángeles de esperanza junto a los que están a punto de desesperar.

→ **Jn 20, 14-16: La bendición de la presencia.**



Vio a Jesús que estaba allí, pero no lo reconoció. Jesús le preguntó: Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas? (...) Entonces Jesús la llamó por su nombre: María. Ella se acercó a él y exclamó: Maestro.

- De repente, tan inesperadamente que no se reconoce de inicio, el Señor resucitado está al lado de María, la acompañaba incluso antes de que ella lo notara. Siente que alguien la llama por su nombre, como antaño, iniciando lo mejor de la vida que parecía perdido y ahora descubre vivo para siempre. María entonces exclama llena nuevamente de vida y pasión: *Maestro*. Ya nada podrá matar su vida, porque el que la hacía hermosa está vivo para siempre y con él también ella.